

La política en la favela: claves interpretativas y contrapunto conceptual

Maximiliano Duarte¹

Recibido: 25 de agosto, 2017
Aceptado: 7 de diciembre, 2017

RESUMEN

Este artículo se propone, en primer lugar, problematizar las herramientas conceptuales utilizadas preponderantemente en la interpretación de las prácticas políticas de los habitantes de las favelas de Río de Janeiro; en segundo lugar, se discuten las nociones de *inscripción* (Merklen, 2010) e *identidad territorial* de las organizaciones y de las acciones políticas de los favelados. Estos conceptos, por un lado, interpelan al territorio como una plataforma común para las movilizaciones colectivas y una forma de conexión institucional. Por otra parte, la conceptualización de esta histórica imbricación entre espacio y acción torna a la favela en una categoría de entendimiento (Machado da Silva, 2002) a través de la cual se confiere un sentido determinado —y no otros tantos posibles— sobre ciertos hechos y situaciones. Para los moradores de las favelas, este conjunto de características y explicaciones causales constituyen una identidad impuesta que opera e intermedia distintas experiencias cotidianas.

Palabras clave | *Prácticas Políticas, Asociación de Moradores, Identidad, Estado, Favela.*

¹ Doctor en Sociología por el Instituto de Estudos Sociais e Políticos de Universidade do Estado do Rio de Janeiro (IESP-UERJ). Investigador Postdoctoral en el Instituto del Conurbano de la Universidad Nacional General Sarmiento (ICO-UNGS).

*Investigación financiada por cooperación científica internacional CNPq/CONICET entre el Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico de Brasil y Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina

ABSTRACT**Politics in the favela: interpretation keys and conceptual counterpoint**

This paper seeks to problematize some of the conceptual tools that are frequently applied to the interpretation of political practices of people living in Rio de Janeiro's *favelas*. It is also aimed at discussing the notions of *territorial inscription* (Merklen, 2010) and *identity of favelados'* organizations and political action. These concepts understand the territory both as a shared platform for collective action as well as a specific form of connection with state institutions. The conceptualization of this historic interrelation between space and action has turned *favela* into a category (Machado da Silva, 2002) through which certain specific meanings – and not others- are attributed to certain facts and situations. To people living in favelas, these attributed characteristics and causal explanations become an imposed identity that operates and intermediates different daily experiences.

Keywords | *Political practices, Inhabitants associations, Identity, State, Favela.*

INTRODUCCIÓN

Este artículo se propone, en primer lugar, problematizar las herramientas conceptuales utilizadas preponderantemente en la interpretación de las prácticas políticas de los habitantes de las favelas de Río de Janeiro; y, en segundo lugar, discutir las nociones de *inscripción* (Merklen, 2010) e *identidad territorial* de las organizaciones y de las acciones políticas de los favelados.

En primer término, uno de los ejes que ha articulado las discusiones sobre las prácticas políticas de los favelados y política popular es la oposición entre clientelismo y ciudadanía. Usualmente, el primero es considerado como un resabio de relaciones tradicionales, centrados en los vínculos personales y cimentado en intercambios particularistas, frente a la noción moderna de ciudadanía, que consagra los derechos universales e impersonales. No obstante, más allá de los distintos énfasis que adquirió este debate en las últimas décadas y el sentido analítico de este contrapunto, en los hechos nada impide que estas prácticas se desarrollen de forma conjunta, incluso, que se articulen y retroalimenten.

Por otra parte, se encuentran las discusiones sobre los movimientos sociales, las cuales poseen dos períodos muy marcados en la literatura aquí considerada.

Por un lado, los debates desarrollados en el fragor de la reapertura democrática y la efervescencia política se centraron en la tensión entre autonomía y cooptación. En la década de 1990, frente al avance del proyecto neoliberal, estas discusiones se focalizaron en un primer momento, en las dificultades que enfrentaban las organizaciones populares en esta nueva coyuntura y en los efectos políticos de asumir la gestión de diversos programas sociales que dieran cuenta de las problemáticas económicas más urgentes. En paralelo, el incremento de la violencia urbana y la transformación de estos territorios en los escenarios más truculentos de la *guerra al crimen*, reconfiguraron buena parte de la sociabilidad de las favelas. Asimismo, las explicaciones causales hegemónicas sobre la violencia vincularon directamente estos territorios con el narcotráfico, edificando una duda constante sobre la complicidad de los favelados y sus organizaciones con los traficantes, diluyendo de este modo sus reivindicaciones en la incertidumbre de los “verdaderos” intereses subyacentes en sus denuncias.

En segundo término, con respecto a la discusión sobre las nociones de *inscripción territorial* (Merklen, 2010) y la *identidad* constituida en torno de estos espacios, primeramente, se problematiza la centralidad territorial en la organización política de los favelados, en el peso de este ámbito en la sociabilidad de sus habitantes y en las relaciones institucionales. Por otra parte, se discute la construcción de la *favela* como una categoría de entendimiento que confiere un sentido determinado sobre ciertas acciones y situaciones (Machado da Silva, 2002). Este constructo implica la elaboración de un conjunto de caracterizaciones y explicaciones causales asociadas a estos territorios que intermedian cotidianamente las diversas experiencias de los favelados en sus rutinas, transformándose así en una identidad impuesta.

CLIENTELISMO Y CIUDADANÍA

En Río de Janeiro, al igual que en buena parte de América Latina, el clientelismo ha sido una de las categorías centrales a la hora de analizar las prácticas políticas de los sectores populares. La acepción más tradicional de esta noción es sintetizada habitualmente en la expresión “favores por votos” (Auyero, 1996), donde se presupone que las condiciones económicas y las aptitudes “morales” de estos sujetos los hacen más proclives a comercializar sus derechos políticos.

Uno de los primeros trabajos en discutir estas explicaciones fue el de Machado da Silva (1967), quién señalaba las dificultades que posee esta categoría para comprender los diversos universos de significados que dotan de

sentido y legitimidad a las distintas prácticas sociales: “es difícil percibir que nuestro vecino, con quien tomamos una u otra *cachaça* y a quien pedimos instrucciones y mismo consejos, al mismo tiempo nos explota política y económicamente e incluso la exhaustación” (Machado da Silva, 1967, p. 41). El autor argumentaba que, en ese contexto, las prácticas políticas de los sectores populares eran analizadas principalmente desde dos ópticas: por un lado, aquellas interpretaciones que presuponían que era necesario “integrar” las favelas a la comunidad nacional, lo que implicaba que, de un modo u otro, fueran consideradas como territorios regidos por una lógica propia, expresada en términos de marginalidad social, política y económica. Esta mirada tendía a ignorar la importancia de las vinculaciones entre la favela y el sistema global, posibilitando que las acciones de esta población sean comprendidas a través de una lógica endógena, al mismo tiempo que ofrecía una base teórica para las actitudes paternalistas y asistencialistas, a las cuales subyacían las tentativas de imponer normas y valores como soluciones a este “problema social”. Por otra parte, se encontraban aquellas nociones que fundían a las favelas en otros colectivos más extensos, como el *lumpen proletariado*, desconociendo las especificidades de estos territorios tanto como sus organizaciones y costumbres formuladas a lo largo de su propia historia.

Ambas miradas, sostiene Machado da Silva, desconocen las especificidades de estos territorios y la *organización transversal* de los mismos, es decir: una organización con una base geográfica bastante delimitada —lo que permite un grado de burocratización e impersonalidad—, involucrada en diversas actividades y con conexiones con instituciones locales, estatales, nacionales e internacionales. El control de estos contactos políticos, sumado al manejo de ciertas actividades económicas de las favelas posibilitadas, en buena medida, por estos vínculos, constituyen los recursos que sustentan a una élite local que el autor denominó como *burguesía favelada*. Este sector procuraba monopolizar la intermediación entre la población local con los candidatos políticos con buena parte de las instituciones públicas, erigiéndose como un nodo de una *red*² social y política más extensa. En este caso, la burguesía favelada vincula a los candidatos con la población de estos territorios, tornando a sus relaciones sociales en un capital político y económico. Machado da Silva (1967) destaca que esta organización debilita los mecanismos de control en la medida en

² El término red ilustra tanto visual como conceptualmente el tipo de organización sociopolítica instrumentada a partir de un conjunto de relaciones horizontales y verticales donde cada punto se encuentra interconectado a través de otros nodos.

que, por un lado, los acuerdos entre estos mediadores locales y sus interlocutores no eran negociados públicamente, por lo que el contenido efectivo de los mismos era definido por una cúpula y desconocido por la mayor parte de los involucrados. Por otro lado, este formato de articulación implica que los representantes locales se agreguen, forzosamente, en configuraciones más extensas que distanciaban, de hecho, a los candidatos y funcionarios de alta jerarquía de la población en su conjunto. Al mismo tiempo, la enorme cantidad de acuerdos entre los mediadores y candidatos pulverizaba las demandas que efectuaban los representantes de las favelas, una fragmentación que atentaba contra su capacidad de presión y movilización colectiva. Sin embargo, concluía Machado da Silva, esto representaba al menos una forma de interrelación, mínima y asimétrica, pero una forma de relacionamiento entre las partes, sin la cual la situación de los favelados sería aún peor.

La centralidad de este formato de organización política también es resaltada por Zaluar (1983; 1985a; 1985b). Según la autora, a diferencia de los procesos políticos que transcurrieron en San Pablo durante la década de 1970 y 1980, en Río de Janeiro la Iglesia Católica y las *Comunidades Eclesiais de Base* no tuvieron la relevancia que adquirieron en otras regiones del país, tampoco se desarrolló un “nuevo sindicalismo” que transformase estas organizaciones y vehiculizara la participación de los trabajadores³, ni un partido político con bases sólidas en estos sectores de la población. En este escenario, Zaluar (1983, p. 51) posicionaba a las *redes de vizinhança* como el eje que articula la organización y participación política de los sectores populares. La autora agrega que estos vínculos siempre caracterizaron la vida cotidiana en las favelas cariocas y en la extensa transición democrática se fortalecieron y desarrollaron como “centros de sociabilidad y acción política”. No obstante, Zaluar (1985b, p. 16) destaca que estas redes no abarcaban ni a la totalidad de los vecinos, ni correspondían con la extensión del territorio, más bien, tenían perfiles marcados nucleados en torno a las asociaciones de moradores y en las *escolas de samba* y las organizaciones deportivas⁴. Cada uno de estos colectivos está conformado por redes de relaciones entre distintos habitantes, que, a su vez, tienen

³Valladares (1983) en su estudio sobre los conflictos entre trabajadores y empresarios en la construcción del subte de Río de Janeiro a finales del 1970 y comienzos de 1980, señalaba que la violencia (“quebra-quebra”) como medio de expresión política ganaba terreno debido a la ausencia de espacios de participación, donde se puedan discutir las cuestiones más elementales, como, por ejemplo, el estado putrefacto de los alimentos suministrados en el almuerzo.

⁴Zaluar (1985a; 1985b) destaca que los contactos con las instituciones públicas eran vitales para las agrupaciones deportivas y culturales, tanto para conseguir la infraestructura básica que implican estas actividades, como para participar en los concursos de samba y campeonatos deportivos. Así, muchos de los responsables de estas colectividades se transforman en mediadores políticos entre las agencias públicas, los candidatos políticos y los habitantes de estos territorios.

nodos compartidos, y pueden funcionar cooperativamente —posibilitando que fluyan recursos y contactos por la red—, o en franca oposición —dificultando su accionar—.

La circulación de recursos públicos entre la población de estos territorios, la burguesía favelada y los responsables políticos, según Diniz (1982, p. 23-46), sostiene el funcionamiento de una *red clientelar*, es decir: un conjunto de relaciones personales de carácter recíproco, sustentada en la lealtad y en la cohesión en los vínculos “cara a cara”. Estas relaciones, sostiene Diniz (1982, p.121), no poseen un sustento ideológico, por el contrario, se basan en cuestiones de carácter particularista y con una fuerte influencia de vínculos primarios. En este marco, el acceso al Estado y a las instituciones públicas en general se desarrolla “a través de la mediación del político y no de forma impersonal, según parámetros universales” (Diniz, 1982, p.123). Esto se debe, desde la óptica de Boschi, Diniz y Lessa (1989), a la histórica tendencia hacia la elitización de la política brasilera, donde la democracia no supuso una ruptura en relación al estilo autoritario y el accionar estatal se mantuvo como algo cerrado, de baja visibilidad y transparencia, constituyéndose en un terreno fértil para los vínculos de naturaleza clientelista y prebendaria. De este modo, frente a la ausencia de canales formales de acceso al Estado —la falta de partidos políticos enraizados en las organizaciones populares y el funcionamiento elitista de sus instituciones y dirigentes (Diniz, 1982, p.134)—, estas redes de contactos interpersonales ofrecen una posibilidad de relacionamiento entre las partes, aunque centrada en soluciones particulares y desideologizadas. Este mecanismo, según la autora, reproduce una *clientela cautiva*; la maquinaria atrapa a sus integrantes, inclusive atentando contra sus propios intereses, manteniendo estas prácticas de carácter “tradicional” que traban el desarrollo de una “ciudadanía moderna” basada en criterios universales de funcionamiento.

Siguiendo a Diniz, Gay (1994; 1996) señala que es necesario distinguir entre *clientelismo denso*, donde existe un intercambio explícito de recursos por apoyo político, y el *clientelismo fino*, fruto de una transacción más sutil donde, más allá de cómo se presenten los beneficios para la población más desfavorecida, estos reconocen que su manutención depende del apoyo electoral, asumiendo una “ciudadanía de segundo grado”. Alvito (2001, p. 121-164) describe el funcionamiento de este clientelismo fino a través de la obtención de fondos públicos para obras donde se contratan temporalmente a cientos de trabajadores. Para mantener esa cadena de recursos circulando es necesario que los responsables continúen en sus cargos, y que éstos utilicen estos recursos de

una forma y no de otras tantas posibles. De este modo, Burgos (2003, p. 25) sostiene que la favela “protege al pobre del abismo de la completa miseria, al mismo tiempo en que lo mantiene rehén de un sistema perverso que lo excluye de la *polis*”. Es en la favela que se obtienen ciertos recursos vitales y es desde estos territorios que se organizan las demandas colectivas por las cuales vastos sectores de la población han obtenido el acceso a bienes públicos básicos. Pero también esta adscripción presupone una cierta inserción en el espacio político, una posición que ha limitado la autonomía de sus colectivos, que han aceptado este marco heterónimo. Esta dinámica ha “retroalimentado mecanismos de exclusión política de sus propios moradores, creando una lógica endógena de interdependencia personal, que se desdobra en formas clientelísticas de intermediación de intereses, los cuales tienen, en general, a las asociaciones de moradores como institución clave en la realización de esa comunicación asimétrica entre comunidad y la ciudad” (Burgos, 2003, p. 26).

Con este trasfondo, Valladares (2005, p. 135) va un paso más allá y sostiene que el modelo que mejor explica las acciones políticas de los favelados es el de *free riders*, es decir, aquel que resalta los intereses personales y las ventajas que pueden ser obtenidas de una situación determinada. La habitual práctica del *jeitinho*, destaca la autora, también contribuyó con el desarrollo de este tipo de acciones a través del impulso de mecanismos informales para obtener beneficios. Así, “si la participación de los favelados fue activa y creativa, ella también se reconoce más individual que colectiva, cada uno intentado captar ventajas particulares, sugiriendo ser la ideología utilitaria y la ética individualista más fuertes que la orientación colectiva para actuar” (Valladares, 2005, p. 135).

En este marco, en primer lugar, es necesario cuestionar la utilidad de la noción de clientelismo para interpretar las prácticas políticas de los sectores populares. Auyero (1996) sostiene que este concepto reduce la dinámica política a las acciones de individuos racionales y pragmáticos, y presupone que el móvil de estas prácticas es la maximización de utilidades. En línea con la mirada de Machado da Silva (1967), Auyero (2001) destaca la necesidad de comprender los universos simbólicos específicos en los cuales se desarrollan, legitiman y se construyen los sentidos concretos de estas prácticas, los cuales no pueden ser considerados como un dato del análisis. Esto no pretende negar el intercambio con fines electorales, sino, lo que está en discusión es que una sola lógica gobierne la totalidad de las acciones políticas. En este sentido, es tan claro que ciertas prácticas en las favelas pueden ser definidas como un intercambio pragmático, particularista y asimétrico, del mismo modo que existen una variedad de

acciones orientadas por la solidaridad y la convicción, entre otras motivaciones.

En segundo lugar, buena parte de las discusiones sobre el clientelismo se han construido en oposición a la noción de ciudadanía, contraponiendo las prácticas de carácter tradicional, basadas en vínculos primarios y fundados en premisas particularistas, frente a una concepción universal de derechos, impersonal y moderna. Sin embargo, la ciudadanía no debe ser considerada como algo que “se presenta únicamente como un universo al que se accede, sino que se define en el seno de las luchas sociales” (Merklen, 2010, p. 18). La ciudadanía debe entenderse como un proceso dinámico: “ciudadanos(as) no nacieron hechos(as), surgen de la lucha, en el conflicto social que, dependiendo del curso que tomen, puede producir una democratización de las relaciones sociales” (Machado da Silva, 2004, p. 27). El conjunto de derechos que define a la ciudadanía es históricamente contingente y se establece en las disputas políticas entre los diversos sectores sociales organizados. En otras palabras, la ciudadanía no es un *a priori*, sino una práctica que se construye y reproduce constantemente. En este sentido, la oposición teórica entre clientelismo y ciudadanía tiene un carácter más ideológico que empírico. En los hechos, nada impide que estos dos tipos de prácticas coexistan, ni que las redes conformadas entorno a los diferentes enclaves antes mencionadas no puedan articular o retroalimentarse conjuntamente en las reivindicaciones colectivas. Pensemos en las diversas movilizaciones colectivas efectuadas desde la década de 1990 contra la violencia urbana y que nuclean a las organizaciones más diversas, por ejemplo, las distintas modalidades de protesta llevadas adelante por la desaparición forzada de Amarildo de Souza⁵ en el año 2013; otro ejemplo son las articulaciones más extensas efectuadas en el marco de las multitudinarias protestas de 2013, algunas marcadas, justamente, por la represión y violencia como en el caso de la Maré⁶, otras, como la sucedida en Santa Marta en 2014 por la movilización conjunta de las organizaciones católicas, evangélicas, asociación de moradores y de los diversos movimientos sociales para denunciar los precios abusivos de los servicios públicos en los territorios “pacificados” (Duarte, 2017).

⁵ Disponible en: <https://www.cartacapital.com.br/sociedade/desaparecimento-do-pedreiro-amarildo-preocupa-e-comove-no-rio-1453.html>.

⁶ Disponible en: <https://noticias.uol.com.br/cotidiano/ultimas-noticias/2013/07/02/protesto-de-moradores-contra-mortes-em-favela-no-rio-reune-2000-pessoas.htm>.

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES: ENTRE LA COOPTACIÓN Y LA AUTONOMÍA

El análisis de los movimientos sociales urbanos ha sido otra de las claves interpretativas predominantes de las prácticas políticas en las favelas de Río de Janeiro. La organización es un requisito necesario para la formulación y sustento público de las reivindicaciones políticas. Este sentido, Machado da Silva y Ziccardi (1985, p. 21) sostienen que el concepto de movimiento social refiere, justamente, a la organización de un determinado conjunto de la población para articular acciones con miras a satisfacer ciertas demandas. Estas son entendidas como un indicador de necesidades socio históricas convertidas en un problema social y en un reclamo por distintos agentes. De este modo, uno de los ejes que articula este debate es la autonomía de los sectores populares en relación a la construcción de estas demandas y en la constitución de organizaciones políticas que las lleven adelante.

En la década de 1980, estas discusiones se vieron fuertemente influenciadas por los procesos sociopolíticos y por la producción académica de San Pablo, donde se desarrollaron los movimientos que impulsaron un nuevo ciclo político en el país (Sader, 1988). En Río de Janeiro el correlato del crecimiento de las organizaciones populares paulistas fue el incremento de la cantidad de asociaciones de moradores en las diversas favelas cariocas a partir de 1976 (Boschi, 1987). Machado da Silva y Ziccardi (1985) resaltan que estas organizaciones no tienen un carácter autónomo, por el contrario, desde sus orígenes se encuentran relacionadas al Estado y las políticas públicas, la Iglesia Católica y a militantes de partidos políticos, especialmente del Partido Comunista. En otras palabras, la construcción de significados que constituye aquello que es legítimo reclamar y disputar, se vincula, de un modo u otro, con estos otros agentes.

En esta línea, Diniz (1982) argumenta que la cantidad creciente de asociaciones de moradores se vinculaba con la extensión de la máquina política del *chaguismo*⁷ y su rol de intermediación entre el Estado y las favelas. De esta forma, destaca la autora, el ciclo de vida de las asociaciones se relaciona fuertemente con las políticas públicas implementadas en las favelas y, en consecuencia, la autonomía en relación al Estado no constituía una prioridad. Además, sostiene Diniz (1983), los referentes de las asociaciones de moradores mostraban un perfil menos ideologizado que sus colegas paulistas y sus reivindicaciones se relacionaban con

⁷ Movimiento político liderado por el Gobernador del Estado de Río de Janeiro Chagas Freitas (1971-1975/1979-1983) del Movimento Democrático Brasileiro (MDB)

las problemáticas más inmediatas de los habitantes de las favelas. Incluso, afirma la autora, las asociaciones poseían relaciones distantes con otros colectivos de trabajadores —como los sindicatos— y sus referentes rara vez inscribían las problemáticas de las favelas en las dificultades de otras identidades más extensas —como la de clase, por ejemplo—. Estas características, destaca Lima (1989, p. 162), se relacionan con el carácter “ambiguo” de estas organizaciones: por un lado, eran las responsables de articular los intereses y reivindicaciones de los favelados, mientras que, por otro, eran las interlocutoras de las instituciones públicas en estos territorios. Esta dualidad, según el histórico militante Irineu Guimarães (en Bittencourt, 2007), es una de las causas centrales de la fragilidad histórica de las asociaciones.

En este sentido, Machado da Silva y Ribeiro (1985) sostienen que en la polarización entre autonomía y cooptación —concebidas, además, como alternativas recíprocamente excluyentes— se presenta a los movimientos sociales como el lugar de la “libertad” y de la “liberación”, de la afirmación de la identidad y del control de su propia existencia. En oposición a los movimientos se encuentra el sistema institucional, regido por una lógica de represión, control y dominación de estas organizaciones. El resultado de este proceso, destacan estos autores, no es una síntesis de esta disputa que transforme a ambos sino que, más bien, es conceptualizado como “la disolución de una por la interferencia victoriosa de la otra (o el movimiento social es tragado por el sistema institucional y desaparece en él, o, al contrario —y este es el fin anhelado—, el sistema es destruido por el movimiento social)” (Machado Da Silva; Ribeiro, 1985, p. 327). En esta línea, Boschi (1987) se cuestionaba acerca de los efectos de estas relaciones entre los movimientos sociales y el Estado, es decir, efectivamente ¿esto constituiría una democratización de las instituciones públicas? Y ¿cuáles serían los impactos en los propios movimientos sociales? Santos (1984) ofreció una respuesta contundente sobre el vínculo entre el movimiento de favelados, que él mismo integraba, y las agencias estatales: “(el Estado) nunca se va a desprender de cualquier porción del proceso donde se toman decisiones. Bien o mal, el pobre, morador de favelas, no es visto como alguien capaz de decidir sobre lo que respecta sobre sí mismo. Precisa ser tutelado. Lo que varía es el método; con violencia o con comprensión benevolente” (Santos, 1984, p.33).

No obstante, como destaca Cortés (2014), los debates desarrollados en este período sobre la autonomía y las posibilidades de acciones de los movimientos sociales, además de contribuir con la comprensión de las prácticas políticas de los sectores populares, también deben leerse como un aporte al progreso de

estos movimientos. Estas construcciones conceptuales elaboraron una matriz teórica que problematizó tanto sus lógicas de funcionamiento, sus articulaciones políticas, como sus horizontes de acción y sus eventuales efectos en la naciente democracia brasilera. En este sentido, estos debates deben analizarse tanto como un trabajo analítico y un esfuerzo político que procura avanzar en una lectura crítica de la sociedad y de sus mecanismos de dominación, al mismo tiempo que busca construir un camino político hacia la emancipación de la sociedad en su conjunto.

Hacia la década de 1990, las discusiones sobre los movimientos sociales en Río de Janeiro fueron perdiendo su centralidad en un nuevo contexto social y político, marcado, además, por el crecimiento exponencial de la violencia urbana y el desarrollo del proyecto neoliberal. Machado da Silva (1993, p. 12) explica la disminución de trabajos dedicados a la organización política de los favelados debido a que estos estudios no trataban sobre la coyuntura, sino que, eran un producto de ella. Estas investigaciones estaban embebidas en los debates sobre los alcances políticos de estas movilizaciones y sus horizontes de acción, sin problematizar el período socio histórico más extenso en el cual se desarrollaban estas discusiones. Este contexto refiere a las múltiples identidades colectivas que emergieron en la esfera pública con gran efervescencia luego de 20 años de dictadura militar, y que constituyeron diversas modalidades de organización y participación política, complejizando y pluralizando la sociedad brasilera en su conjunto (Domingues, 2009).

Por otro lado, el desarrollo del neoliberalismo introducía fuertes transformaciones en las instituciones públicas y en el funcionamiento de la sociedad en su conjunto. La retracción del Estado, entre otras consecuencias, redundó en la tercerización de funciones lo que provocó tanto la transformación de buena parte de los movimientos sociales en gestores públicos como la multiplicación de las denominadas Organizaciones No Gubernamentales (ONGs). Feltran (2014) destaca en el caso de los movimientos paulistas que, si en la década de 1970 y 1980 la lectura política indicaba que era necesario articular la mayor cantidad de organizaciones populares para poder presionar a las instituciones públicas. Hacia 1990, una vez conquistado electoralmente distintos niveles de gobierno, cambia la estrategia política de estos movimientos: cuanto más concretas y específicas sean las demandas mayor es la probabilidad de encontrar formas de encaminar las soluciones. En esta transformación, el relacionamiento con las agencias de financiación adquiere un lugar central y, en consecuencia, se ven afectadas las actividades políticas de estas organizaciones,

ahora dependientes de estos recursos y de los requisitos necesarios establecidos por los financiadores (Feltran, 2007). En este contexto, cambian los ejes de acción de estos movimientos, antes más focalizados en la formación de soportes de la acción colectiva, y ahora más centrados en dar una respuesta a las consecuencias socioeconómicas más acuciantes del neoliberalismo.

Machado da Silva (2002) tiene una mirada más crítica de este proceso que denomina como “hiperfragmentación” de la organización popular. El autor sostiene que las políticas públicas, como el emblemático programa de urbanización denominado Favela-Barrio, estimulan la manipulación política y canalizan la movilización, segmentándola y circunscribiéndola a la cuestión de cómo, a partir de criterios cuya determinación fue inaccesible para las organizaciones, cada favela consigue localizarse individualmente. En otras palabras, no se trata de cumplir con los parámetros de los financiadores, sino de disputar políticamente recursos entre las propias asociaciones. Esto, sostiene Machado da Silva (2002, p. 13) tiene consecuencias nefastas para la organización política de los sectores populares ya que “provoca una pulverización hiper-localista de los intereses, enflaquece el conjunto de las movilizaciones y despolitiza las reivindicaciones, circunscribiéndolas a la dimensión administrativa y técnico financiera de pequeños lobbies”. Zaluar (1998) arriba a una conclusión similar, pero en base a otra explicación. Para esta autora, la fuerte adscripción a la comunidad local de las asociaciones de moradores fortalece una concepción “pre-moderna” de reciprocidad en oposición al desarrollo de prácticas e ideas sustentadas en comunidades imaginarias (clase, nación, etc.) donde se podrían desarrollar los principios de la solidaridad con extraños, característicos de la “reciprocidad moderna”. Esta “reciprocidad pre-moderna”, destaca Zaluar (1998, p. 211), alimenta la fragmentación de las organizaciones populares a partir de la competencia por recursos del Estado. En este proceso, según la autora, se fortalecieron los personalismos en las asociaciones, en línea con el presidencialismo brasileiro y la figura del “jefe fuerte”, y junto con ellos las prácticas de corrupción y la desconfianza en relación a los líderes locales.

Conjuntamente a estos procesos, el crecimiento de la violencia urbana transformó a las favelas en los territorios donde transcurren las peores escenas de la “guerra al crimen”, signadas por las confrontaciones con armamento de guerra entre policías y narcotraficantes. Esto ha transformado sustantivamente la vida en las favelas, al punto que, Machado da Silva (2008) sostiene que se ha desarrollado un orden social paralelo, con una sociabilidad específica donde la

violencia y las escalas de fuerza operan como el principio normativo fundamental. Estos cambios en la cotidianidad de estos territorios también han redundado en una retracción de la esfera política⁸, donde se limitan las discusiones, se evitan ciertos disensos y con el devenir del tiempo, se diluyen algunos de los hábitos y costumbres que funcionaban como soportes de la acción colectiva. Leite (2008, p. 132) grafica esta situación a través de las palabras de un militante: “vos tenés el discurso, el *cara* tiene una AR-15, entendés? Y al final de cuentas ¿cómo podes hacer? Por más que el *cara* te respete y tal, pero dice ‘es eso y acabó’”. Sin embargo, esta marcada asimetría ha sido confundida, a partir de hechos puntuales, en una complicidad entre militantes y narcotraficantes, en palabras de Zaluar (1998, p.215): “entre los líderes comunitarios que dirigen las asociaciones de moradores, prevalece el silencio sobre las acciones de los bandidos y la constante denuncia de la represión policial contra los moradores”. Esta mirada, repetida constantemente por los medios de comunicación y por diversos actores sociales y políticos, alimenta la sospecha histórica sobre los favelados y sus organizaciones políticas, relativizando sus denuncias y cuestionando la legitimidad de sus reivindicaciones (Machado da Silva y Leite, 2008). Al mismo tiempo, señala Burgos (1998), este manto de duda dificulta la articulación entre los propios movimientos de las favelas y con otras organizaciones políticas más extensas, así como, los vínculos institucionales de los movimientos y asociaciones de moradores con las instituciones públicas. Si, como ya fue mencionado, la actividad política en las favelas guarda una relación con las políticas públicas implementadas en estos territorios, en este período las diversas desigualdades históricas que condesan estos espacios quedan relegadas frente a los debates sobre seguridad pública.

Además de estas dificultades que atraviesa la organización popular, Feltran (2010) agrega la frustración que supone la promesa incumplida de la política sobre la transformación de esta población en “clases trabajadoras”, es decir, con empleos estables, derechos sociales y una mejora sustantiva en sus condiciones de vida. Esa ilusión que promovió buena parte de las acciones colectivas y las discusiones aquí sintetizadas, ha perdido su fuerza desde 1990 frente a una generación consciente de la promesa incumplida, marcada por la violencia urbana y las consecuencias de más drásticas del proyecto neoliberal.

En síntesis, si en la década de 1980 las discusiones versaban sobre las posibilidades y los alcances políticos de los nuevos movimientos sociales,

⁸ Los efectos de la violencia urbana en la organización política también fue expuesta por Wacquant (2010) y Bourgois (2010).

desde 1990 los debates se centraron más en las dificultades que enfrentan estas organizaciones para articular políticamente las diversas problemáticas que acucian estos territorios. Al igual que en las discusiones sobre clientelismo político, la polarización analítica que asume por momentos este debate, no necesariamente coincide con una radicalización de las acciones políticas. Del mismo modo, en muchos casos, estas discusiones no fueron lo suficientemente sensibles con los complejos equilibrios que las asociaciones y movimientos sociales deben establecer entre los financiadores, las necesidades de la población, y con otros agentes que operan en estos territorios, como, por ejemplo, los narcotraficantes.

LA INSCRIPCIÓN Y LA IDENTIDAD TERRITORIAL DE LOS MOVIMIENTOS FAVELADOS

Diversos trabajos enfatizan en la importancia de la dimensión territorial a la hora de analizar la sociabilidad de los habitantes de las favelas cariocas. No obstante, el vínculo entre esta dimensión y las prácticas políticas es menos discutido en la literatura. Por ejemplo, Boschi (1987, p. 48) sostiene que una de las características centrales del movimiento favelado radica en la identificación de las personas con su territorio de pertenencia: “es en nombre de esta identidad que los participantes reivindican el monopolio de la representación que, a su vez, les confiere el status de actores políticos legítimos”. Estas alusiones no discuten qué presupone esa identidad, ni la relación entre esta construcción simbólica y las prácticas políticas.

A partir de sus estudios en las villas del conurbano bonaerense, Merklen (2010, p. 14) propone la noción de *inscripción territorial* de los sectores populares, para describir un modo de inserción social, una forma de estructuración de esta población, una vía de conexión con las instituciones y un punto de apoyo para la acción colectiva. El autor sostiene que frente a la desestructuración de las protecciones sociales y la descomposición de los lazos laborales producto de las políticas neoliberales, se observa un fortalecimiento de los vínculos de cooperación y de proyección hacia la sociedad estructurados a nivel local. En este marco, el territorio brinda cuatro tipos de apoyos para los sectores populares: a) es la base de una sociabilidad elemental y el soporte de una solidaridad inter pares; b) el territorio se convierte en una base de apoyo para la salida de los individuos hacia la ciudad y su proyección hacia la sociedad. Desde el barrio se sale a buscar trabajo, a ganarse la vida o a estudiar, y a él se

llega en busca de reposo y de ayuda. En el barrio se encuentra con quién hablar, jugar al fútbol, cantar, bailar o rezar. El territorio se convierte en una suerte de capital social, en un recurso para la acción individual; c) el barrio es el sustento para la acción colectiva donde se articulan protestas, revueltas, movimientos sociales, se refuerzan los lazos locales de cooperación y proyectan al grupo hacia el espacio público y el sistema político; d) el barrio es el espacio definido por agentes externos, es la acción que sobre él ejercen otros agentes como la escuela, la policía, y los servicios urbanos y sociales (Merklen, 2010).

Las favelas, al igual que las villas, también poseen una fuerte centralidad en la construcción de las redes sociales que, eventualmente, se pueden transformar en organizaciones de apoyo mutuo como en soportes de las luchas políticas. Estos territorios también se constituyen en un recurso económico tanto a través de *biroscas* o *botecos*, como por las interconexiones que posibilitan las redes de sociabilidad territorial y la circulación de recomendaciones/críticas sobre albañiles, electricistas, plomeros, reparación de objetos electrónicos, cuidados del hogar, cargadores de materiales, entre otras tantas actividades laborales, y la financiación de estos trabajos. Asimismo, las favelas también se constituyen en el centro de recreación de sus habitantes; es allí que se gestan las *rodas* y las *escolas de samba*, desde donde se participa en el carnaval y en las diversas competencias asociadas a esta actividad, el *forro*, las noches de *hip hop*, bailes *funk*, además de campeonatos de fútbol, *feiojadas*, *churrascos*, cervezas y el momento diario en los *botecos* donde las personas comparten su cotidianidad. Es desde estos espacios donde se participa en cultos y en las múltiples actividades religiosas que llevan adelante las congregaciones católicas, evangélicas, en los terreiros de candomblé, entre tantos otros.

Sin embargo, en el caso de las favelas cariocas, el peso de lo territorial no surge junto con el proyecto neoliberal, sino que es un proceso que encuentra sus raíces en la génesis estos territorios y en la herencia conceptual del orden esclavista (Duarte, 2016). Por un lado, la favela desde sus orígenes fue conceptualizada como un problema social, por lo que su erradicación era entendida como un paso “natural” para los diversos proyectos modernizadores (Valladares, 2005). Así, desde el Código de Obras de la ciudad de Río de Janeiro en 1937, fueron definidas en oposición a la norma, por lo que su mera existencia constituía una ilegalidad. Esto redundó en un estatuto particular que escindió institucionalmente estos espacios “ilegítimos” de otros barrios populares, fragmentando las problemáticas del hábitat y pautando sus luchas políticas en función de enclaves distintos (Machado da Silva, 2002).

Asimismo, los derechos laborales y sindicales desarrollados durante el varguismo, no alcanzaron a la mayor parte de los trabajadores brasileros, quedando por fuera de los mismos los sectores de menor cualificación (Cardoso, 2010; Santos, 1979), entre los cuales se encontraban buena parte de los favelados según el censo efectuado en 1950. Conjuntamente, la expansión del derecho electoral también tuvo un alcance limitado. El Código Electoral de 1932 estableció que estaban habilitados para votar los mayores de 21 años, sin distinción de sexo, inscritos electoralmente⁹. Sin embargo, se mantuvo vigente la Ley Saraiva (Decreto n° 3.029, del 9 de enero de 1881) que impedía votar a los considerados analfabetos. Según el censo de 1920 el 71,2% de la población del país y el 53,4% de los cariocas no sabía leer y escribir (Ferraro; Kreidlow, 2004, p. 185-186). En segundo lugar, la obtención de los documentos para la inscripción electoral no era algo sencillo, considerando, por ejemplo, que en 1948 el 23,4% de los moradores de favelas aún no tenían su partida de nacimiento (Fischer, 2008, p.124).

En este contexto, encuadrados institucionalmente de un modo particular y frente a los alcances limitados de los derechos sociales, sindicales y electorales, el territorio emerge como una plataforma en torno a la cual organizarse y en donde ciertas problemáticas colectivas se cristalizaron en demandas políticas. Así, en la década de 1930, una de las primeras movilizaciones políticas documentadas de habitantes de una favela versa sobre la problemática de los arrendamientos y la denuncia de los moradores del *Morro de São Carlos* en relación a la falsificación de los títulos de propiedad por parte de los arrendatarios (Silva, 2005). A finales de 1940, en el marco de la guerra fría, las organizaciones católicas como la *Fundação Leão XIII* y la *Cruzada São Sebastião*, fundadas en 1947 y 1955 respectivamente, comenzaron sus actividades en las favelas. Más allá de las marcadas diferencias entre los sectores de la iglesia que impulsaron estas acciones, ambas se proponían la creación de espacios comunitarios locales integrados por los moradores de estos territorios, donde se busquen respuestas a las problemáticas más acuciantes, particularmente, las referentes a la infraestructura, el acceso a la salud y la educación (Silva, 2005; Valladares, 2005). De igual modo, en los años 1950, un conflicto entre la Borel Meuren Ltda y los habitantes del morro que lleva el nombre de esta empresa, terminó vinculando a los moradores con el abogado y militante del Partido Comunista

⁹ Disponible en: <http://www.tse.jus.br/imprensa/noticias-tse/2013/Marco/ha-80-anos-mulheres-conquistaram-o-direito-de-votar-e-ser-votadas>. Consultado el 2/11/2016

Brasileiro (PCB) Magarinos Torres Filho. De esta relación sugirió una asociación de vecinos que a través de pequeños pagos financió los costos de la demanda legal, dando origen a las asociaciones de moradores. Las posibilidades de estas organizaciones territoriales fueron rápidamente reconocidas, 2 años más tarde once favelas ya tenían su propia asociación y en 1954 conformaron la *União dos Trabalhadores Favelados* (UTF) (Lima, 1989). El nombre de esta unión y su estatuto¹⁰ fundacional revela, justamente, la intención de relacionar las problemáticas de cada una de las asociaciones con identidades y luchas sociales más extensas.

Como resultado de la diversidad de perspectivas sobre cuál debería ser el objeto último de la organización de los favelados, en 1959 nace la *Coligação dos Trabalhadores Favelados da Cidade do Rio de Janeiro* (CTFRJ). Este grupo tenía como objetivo central integrarse directamente al Estado, es decir, una institución que representará los intereses de los favelados en la administración pública y que fuera responsable por la ejecución de las soluciones propuestas¹¹. En 1962 se fundó la *Federação de Associações de Moradores de Favelas* (FAFEG), un movimiento que se nutrió tanto de las experiencias organizativas vinculadas a los sectores de izquierda como los de la derecha¹². Sin embargo, el primer presidente de la FAFEG, Tupã Bento, sostenía que en verdad los dirigentes de

¹⁰ “Tendo a União dos Trabalhadores à finalidade declarada neste artigo, entretanto, de imediato, *objetivo em cada favela do Distrito Federal, congregar todos os seus moradores em “Centros de Trabalhadores Favelados”, de modo que estes “Centros”, filiados à “União dos Trabalhadores Favelados”, pela força do número, imponham aos que os governos (sic) e aos que os oprimem e exploram respeito e atendimento aos direitos que os trabalhadores têm a uma existência digna, em casas decentes, com escolas próximas, calçamento e urbanização dos morros que habitam, que serão desapropriados, se de propriedade particular, neles instaladas cooperativas de fornecimento de gêneros alimentícios a preços acessíveis, assistência jurídica e médica, água, luz, esgoto e telefone”. Projeto de estatutos da UTF. APERJ. DPS. Dossiê 1046, p. UTF, fl.28.*

¹¹ Ver ítem J del art. III de sus estatutos: “A Coligação dos Trabalhadores Favelados da Cidade do Rio de Janeiro pleiteará junto às autoridades federais e municipais a obtenção direta de recursos financeiros, quando e muito principalmente de votações e de subvenções oficiais nas Câmaras Legislativas para construções e melhoramentos das habitações dos trabalhadores residentes nas favelas, parques proletários, etc., além de pleitear também a condição de Órgão de Utilidade Pública, para os devidos fins, o que importa ser reconhecido esse direito, dando à Coligação dos Trabalhadores Favelados da Cidade do Rio de Janeiro as prerrogativas de Órgão Único e controlador e lhe seja para isso outorgada em lei essa autoridade em defesa dos trabalhadores e moradores em favela” (en Lima, 1989, p. 92).

¹² Este organismo nació bajo los influjos de algunos dirigentes de las asociaciones de moradores vinculados con el Movimiento de Rearmamento Moral y el Instituto Brasileiro de Ação Democrática (IBAD) — organizaciones centradas en la lucha contra el comunismo— y el Instituto de Pesquisas e Estudos Sociais (IPES) —financiado por empresarios de Río de Janeiro y de San Pablo con el objeto de “defender las libertadores personales y de las empresas”—. Estas organizaciones eran parte de la lucha ideológica y propagandística contra el gobierno de João Goulart y que, con ese fin, habían impulsado también —entre otras varias organizaciones— la creación de la Confederação Brasileira de Trabalhadores Cristãos, parte del Conselho Nacional dos Sindicatos Cristãos (Lima, 1989, p. 138-141).

las asociaciones de moradores detrás de la fundación de la FAFEG estaban en una “política de *malandragem*” más preocupados por las cuestiones internas de las favelas y los beneficios que podían obtener de estos vínculos, que con un verdadero compromiso con la “política de *fora*” (Bento en Lima, 1989, p. 142). El común denominador de estas movilizaciones y organizaciones políticas, tanto de derecha como de izquierda, gira sobre al peso de la territorialidad en la construcción de las demandas y la constitución de soportes para la movilización colectiva. Se nuclean en torno a la favela y sus problemáticas, es su representación la que invocan sus dirigentes y es la propia favela una categoría central de su lucha política.

Por otra parte, en este proceso histórico de larga duración se ha asentado y consolidado una determinada construcción simbólica en torno a la favela, transformándola en una categoría a través de la cual se le confiere un sentido específico a ciertos hechos y circunstancias (Machado da Silva, 2008). Esto significa que favela, en tanto representación social, implica un conjunto de características y relaciones causales que significan de un modo concreto —y no de otros tantos posibles— ciertas prácticas y situaciones. Si bien el sentido concreto que asume esta categoría es el resultado de las constantes luchas por la significación social, en términos hegemónicos, esta noción sintetiza una serie de dimensiones que simbolizan, usualmente, los escalafones más problemáticos de las diversas jerarquías sociales. Por ejemplo, históricamente, para los higienistas estos territorios representaban las enfermedades físicas y morales; para los eugenistas estos espacios estimulaban la “violencia” y la “criminalidad” explicada por su vínculo con la negritud; para los teóricos de la marginalidad la favela es un “quiste rural” en la ciudad y que luego será caracterizado como los espacios donde se (re) produce la “cultura de la pobreza” las favelas también representan un riesgo político —sintetizado de forma muy gráfica en la celebré frase “es necesario subir al morro antes que bajen comunistas” — un miedo que más recientemente se reconfigurado hacia las explicaciones sobre la violencia urbana y el narcotráfico. Estas son algunas de las dimensiones preponderantes que se encuentran imbricadas en la categoría favela. Al mismo tiempo, esta noción es accionada por los diversos agentes e instituciones públicas para definir y justificar sus acciones en estos espacios, así como por el conjunto de la población, inclusive por los propios habitantes de estos territorios, en la construcción cotidiana de referencias y significados. Un claro ejemplo de esto son las prácticas policiales en las favelas —que implican torturas, desapariciones y la frecuencia del uso de fuerza letal— las cuales reciben el apoyo

de buena parte del poder judicial, político y de la población en su conjunto, que justifica estas acciones dada la supuesta realidad de estos espacios.

La contracara de este proceso es que este conjunto de rasgos y explicaciones, condensadas en la categoría favela, se torna una *identidad impuesta* (Bourdieu, 1996) para los habitantes de estos territorios. Esto supone la imposición de una serie de dimensiones y elaboraciones conceptuales que definen y explican a las acciones de los habitantes de estos espacios. Este constructo, en la medida que incide en las relaciones personales, en las actividades recreativas, en determinadas actividades laborales, entre otras, además de intermediar la relación con las diversas instituciones públicas, pauta buena parte de las experiencias (Thompson, 1981; 1989) cotidianas de esta población y en este sentido contribuye en la elaboración de significados concretos. En otras palabras, favela como categoría, como identidad, enmarca un conjunto cotidiano de experiencias y de ese modo este constructo influye en la elaboración de ciertos significados y nociones. Así, esta identidad territorial incide en la construcción del sentido de lo disputable, de lo legítimo y lo posible, y en los caminos para llevar delante esas disputas. En estas experiencias cotidianas también se forja el *principio de indignación colectiva* (Cefai, 2009) que opera como el impulso inicial de las reivindicaciones políticas. No obstante, cabe recordar que la existencia de la favela como tal presupone, como señala Machado da Silva (2002), su *integración subordinada*, es decir, la aceptación de la inequidad como parámetro normativo. Esto presupone un estándar bien alto para la indignación colectiva, en la medida que justifica como un a priori la desigualdad como principio de funcionamiento colectivo, atentando directamente contra las movilizaciones políticas.

Si bien, como ya fue mencionado, las dimensiones concretas que asume favela como categoría/identidad deben comprenderse en el marco de una disputa constante por la significación social. En términos hegemónicos, esta noción continúa asociada a distintos problemas sociales, muchos de los cuales fueron ya mencionados, constituyéndose en una identidad estigmatizada. De este modo, favela es tanto una identidad compartida que, potencialmente, pueden vincular a los habitantes de estos territorios en reivindicaciones comunes, como al mismo tiempo representa un estigma del cual muchos procuran diferenciarse.

CONSIDERACIONES FINALES

La coyuntura política brasilera representa un desafío tanto para las herramientas analíticas utilizadas en la comprensión de los diversos procesos sociopolíticos, como para la construcción de una agenda que posibilite el fortalecimiento de las distintas organizaciones populares. Esto se torna un imperativo en la medida que los derechos ciudadanos surgen de las múltiples luchas sociales y, más aún en la actualidad, considerando que las persistentes desigualdades que históricamente han atravesado a Brasil, nuevamente, se están incrementando.

En este contexto, se problematizan aquí la inscripción territorial (Merklen, 2010) y la identidad territorial de los movimientos populares. Estas dos dimensiones, menos trabajadas en la literatura, enfatizan el rol del territorio tanto en lo que refiere a la articulación política de los sectores populares de Río de Janeiro, como en la construcción simbólica en torno a los mismos y su relación con la producción de significados concretos. Nucleados en torno a estos territorios, se constituyen las distintas organizaciones históricas de las favelas y es en base a la representación específica de esta población que se organizan políticamente y procuran insertarse institucionalmente. El énfasis descriptivo de la inscripción territorial, además de ponderar la relación de lo empírico con lo conceptual, es una estrategia metodológica que procura evitar las polarizaciones conceptuales y la sobredimensión de las capacidades y acciones de los actores políticos estudiados por las ciencias sociales. Por otra parte, la favela como categoría de entendimiento e identidad impuesta, enmarca las experiencias cotidianas de los habitantes de estos territorios e incide de este modo en la construcción de sentidos a través de los cuales las necesidades se transforman en problemas sociales y en reivindicaciones colectivas.

La historia de opresión y lucha se encuentra sintetizada en la identidad de los habitantes de las favelas, en las categorías movilizadas en la comprensión de su entorno y en los rasgos de sus organizaciones colectivas. En este sentido, más allá que muchos los favelados no se lo propongan, su presencia es una muestra de resistencia y lucha política que exhibe y recuerda constantemente las consecuencias de un orden social marcado por la extrema desigualdad.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvito, M. (2001). *As cores de Acari. Uma favela carioca*. Rio de Janeiro: FVG.
- Auyero, J. (1996). La doble vida del clientelismo. *Sociedad*(8).
- Auyero, J. (2001). *La política de los pobres : las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires: Manantial.
- Baudrillard, J. (1993). *El intercambio simbólico y la muerte* (1a ed.). Caracas: Monte Avila.
- Bittencourt, A. C. (2007). Entrevista: Irineu Guimarães. *Democracia Viva*(35), 63-73.
- Boschi, R. R. (1987). *A arte da Associação. Política de Base e Democracia no Brasil*. São Paulo: Edições Vértice e IUPERJ (Instituto Universitário de Pesquisas do Rio de Janeiro).
- Bourdieu, P. (1996). *A economia das trocas lingüísticas*. São Paulo: EDUSP.
- Bourgois, P. (2010). *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*: Siglo XXI.
- Burgos, M. B. (1998). Dos parques proletários ao Favela Barrio: as políticas publicas nas favelas do Rio de Janeiro. In A. Zaluar & M. Alvito (Eds.), *Um século de Favela* (pp. pp. 25-60). Rio de Janeiro: FGV.
- Burgos, M. B. (2003). Favela, cidade e cidadania em Rio das Pedras. In M. B. Burgos (Ed.), *A utopia da comunidade: Rio das Pedras, uma favela carioca* (pp. 21-90). Rio de Janeiro: PUC-Rio.
- Butler, J. (2000). El Marxismo y lo meramente cultural. *New Left Review*(N° 2), 109-121.
- Cardoso, A. (2010). Uma utopia brasileira: Vargas e a construção do estado de bem-estar numa sociedade estruturalmente desigual. *Dados*, 53, 775-819.
- Castel, R. (1997). *Las metamorfosis de la cuestión social: una crónica del salariado*: Paidós.
- Cefai, D. (2009). Como nos mobilizamos? A contribuição de uma abordagem pragmatista para a sociologia da ação coletiva. *DILEMAS: Revista de Estudos de Conflito e Controle Social*, 2(4), p. 11-48.
- Cortés Morales, A. (2014). *Favelados e Pobladores nas ciências sociais: A construção teórica de um Movimento Social*. IESP-UERJ, Rio de Janeiro.
- Diniz, E. (1982). *Voto e máquina política. Patronagem e Clientelismo no Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Diniz, E. (1983). Favela: Associativismo e Participação Social. In R. Boschi (Ed.), *Movimentos Coletivos no Brasil Urbano* (pp. 27-74). Rio de Janeiro: Zahar.
- Diniz, E., Boschi, R., & Lessa, R. (1989). *Modernização e consolidação democrática no Brasil: dilemas da Nova República* São Paulo: Vértice.
- Domingues, J. M. (2009). *A América Latina e a modernidade contemporânea : uma interpretação sociológica*. Belo Horizonte: UGMG.
- Duarte, M. (2016). Diálogos pendientes: la incidencia de la esclavitud en la construcción social de la favela. *Política & Trabalho. Revista de Ciências Sociais*(44), 145-163.

- Duarte, M. (2017). *Las prácticas políticas en la favela. Un estudio de caso en Santa Marta*. (Doutorado), Universidade do Estado do Rio de Janeiro, Rio de Janeiro.
- Feltran, G. d. S. (2007). Vinte anos depois: a construção democrática brasileira vista da periferia de São Paulo. *Lua Nova: Revista de Cultura e Política*, 83-114.
- Feltran, G. d. S. (2010). Margens da política, fronteiras da violência: uma ação coletiva das periferias de São Paulo. *Lua Nova: Revista de Cultura e Política*, 201-233.
- Ferraro, A. R., & Kreidlow, D. (2004). Analfabetismo no Brasil: configuração e gênese das desigualdades regionais. *Educação e Realidade*, 29(2), 179-200.
- Fischer, B. (2008). *A Poverty of Rights: Citizenship and Inequality in Twentieth-century Rio de Janeiro*: Stanford University Press.
- Fischer, B. (2014). The Red Menace Reconsidered: A Forgotten History of Communist Mobilization in Rio de Janeiro's Favelas, 1945–1964. *Hispanic American Historical Review*, I(94), 34.
- Gay, R. (1994). *Popular Organization and Democracy in Rio de Janeiro: A Tale of Two Favelas*. Filadelfia: Temple University Press.
- Gay, R. (1996). Entre el clientelismo y el universalismo, reflexiones sobre la política popular en el Brasil urbano. In J. Auyero (Ed.), *¿Favores por votos?* (pp. 65-92). Buenos Aires: Losada.
- Konder, L. (2009). *A derrota da dialética: a recepção das ideias de Marx no Brasil, até o começo dos anos 30*. São Paulo: Expressão Popular.
- Leite, M. (2008). Violência, risco e sociabilidade nas margens da cidade: percepções e formas de ação de moradores de favelas cariocas In L. A. Machado da Silva (Ed.), *Vida sob cerco: violência e rotina nas favelas do Rio de Janeiro* (pp. 115-142). Rio de Janeiro: Nova Fronteira.
- Lima, N. V. T. (1989). *O movimento dos favelados do Rio de Janeiro. Políticas do Estado e lutas sociais (1954 – 1973)*. (Dissertação de Mestrado em Ciências Políticas), Rio de Janeiro.
- Machado da Silva, L. A. (1967). A política na favela. *Cadernos Brasileiros*, IX(n° 41), 35-47.
- Machado da Silva, L. A. (2002). A continuidade do “problema da favela”. In L. Lippi Oliveira (Ed.), *Cidade: história e desafios* (pp. pp. 220-237). Rio de Janeiro: FGV/CNPq.
- Machado da Silva, L. A. (2004). Sociabilidade violenta: uma dificuldade a mais para a ação coletiva nas favelas. In IBASE (Ed.), *Rio A Democracia Vista De Baixo* (pp. 33-44). Rio de Janeiro IBASE.
- Machado da Silva, L. A. (2008). *Vida sob cerco: violencia e rotina nas favelas do Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira.
- Machado da Silva, L. A., & Pereira Leite, M. (2008). O que os favelados dizem quando falam desses temas. In L. A. Machado da Silva (Ed.), *Vida sob cerco – violência e rotina nas favelas do Rio de Janeiro* (pp. 47-76). Rio de Janeiro: Nova Fronteira/FAPERJ.
- Machado da Silva, L. A., & Ribeiro, A. C. (1985). Paradigma e movimento social: por onde andam nossas idéias? *Ciência Sociais Hoje (Anuário de Antropologia, Política e Sociologia)*, São Paulo: Cortez/ANPOCS, 318-336.

- Machado da Silva, L. A., & Ziccardi, A. (1983). Notas para uma Discussão sobre “Movimentos Sociais Urbanos! In C. Rodrigues da Silva & E. al (Eds.), *Movimentos Sociais Urbanos, Minorias Étnicas e Outros Estudos* (pp. 9-24). Brasília: ANPOCS.
- Medeiros, B. F., & Chinelli, F. (2003). *Três décadas de discussão sobre algumas formas de mobilização popular no Brasil*. Retrieved from Rio de Janeiro:
- Merklen, D. (2010). *Pobres ciudadanos : las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)* (2a ed ed.). Buenos Aires ,: Gorla.
- Sader, E. (1988). *Quando novos personagens entraram em cena: experiências, falas et lutas dos trabalhadores da Grande São-Paulo : 1970-80*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Santos, C. N. F. d. (1984). Em trinta anos passou muita água sob as pontes urbanas. *Espaço & Debates*, 4(11), 28-40.
- Santos, W. G. (1979). *Cidadania e justiça: a política social na ordem brasileira*. Rio de Janeiro: Editora Campus.
- Silva, M. L. P. d. (2005). *Favelas Cariocas 1930 -1964*. Rio de Janeiro: Contraponto.
- Thompson, E. P. (1981). *A miséria da teoria ou um planetário de erros. Uma crítica ao pensamento de Althusser*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Thompson, E. P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Tomo I. Barcelona: Crítica.
- Valladares, L. d. P. (1983). Quebra-Quebras na Construção Civil: o caso dos operários do metrô do Rio de Janeiro. In C. Rodrigues da Silva (Ed.), *Movimentos Sociais Urbanos, Minorias Étnicas e Outros estudos* (pp. 113-143). Brasília: ANPOCS.
- Valladares, L. d. P. (2005). *A invenção da favela: do mito de origem a favela.com*: FGV.
- Wacquant, L. (2010). *Las Dos caras de un gueto : ensayos sobre marginalización y penalización*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Zaluar, A. (1983). O Rio, O Rei dos Saques. *Revista do PMDB* (pp. 49-54). Rio de Janeiro: Fundação Pedroso Horta.
- Zaluar, A. (1985a). Carnaval y clientelismo político. *Caderno CERu*, 1, 36-64.
- Zaluar, A. (1985b). *A máquina e a revolta : as organizações populares e o significado da pobreza*. São Paulo-Brasil: Brasiliense.
- Zaluar, A. (1998). Crimen, medo e política. In A. Zaluar & M. Alvito (Eds.), *Un século de favela* (pp. 209-232). Rio de Janeiro: FGV.